

¿Una nueva Guerra Fría? La militarización del discurso entre Rusia y Occidente

Javier Morales

*Profesor de Relaciones Internacionales, Universidad Europea de Madrid
Codirector del Grupo de Estudios de Europa y Eurasia (GEurasia)*



¿Cómo hemos llegado hasta aquí? La crisis de Ucrania como detonante

El clima de confrontación entre Rusia y los países occidentales, iniciado con los acontecimientos en Ucrania a partir de noviembre de 2013, se ha visto agravado por las sucesivas medidas unilaterales adoptadas por ambas partes. Como es sabido, la crisis comenzó con las presiones de Putin sobre el entonces presidente ucraniano, Viktor Yanukovich, para que renunciase a firmar un acuerdo de asociación y libre comercio con la UE, y optase por unirse a la Unión Económica Eurasiática liderada por Rusia. Por su parte, tanto EE.UU. como la UE y la OTAN dieron su apoyo a las protestas del Euromaidán, un movimiento que acabaría forzando la destitución y huida del país de Yanukovich, tras varios meses de enfrentamientos que dejaron más de cien víctimas mortales. Moscú se escudó en el caos generado por la caída del gobierno para ocupar la península de Crimea —habitada mayoritariamente por rusos étnicos— y organizar a toda prisa un referéndum para la posterior anexión, violando el Derecho Internacional (Morales, 2014).

Los sucesos de febrero-marzo de 2014 marcaron una brusca ruptura del diálogo entre Rusia, por una parte, y EE.UU. y la UE por otra, que llevó al establecimiento mutuo de sanciones; a lo que se unió el apoyo ruso al levantamiento armado en las regiones ucranianas del Donbass, feudo electoral del depuesto presidente Yanukovich. Aunque formalmente existe un proceso negociador, que se ha plasmado en distintos planes de resolución del conflicto —Minsk I y Minsk II—, no se han llegado a cumplir las condiciones sobre alto el fuego y retirada de armamentos, que Kiev considera un requisito previo para cualquier negociación política con las milicias separatistas. En la práctica, la guerra del Donbass se ha convertido en uno más de los “conflictos congelados” del espacio postsoviético, junto con Transnistria, Nagorno-Karabaj, Osetia del Sur y Abjasia (López Jiménez y Morales Hernández, 2017). Sin embargo, a diferencia de estos dos últimos casos —y de Crimea previamente a la anexión—, Rusia no ha reconocido aún la independencia de las autodeclaradas “repúblicas populares” de Donetsk y Lugansk. Esto mantiene teóricamente abierta la posibilidad de una futura reintegración al control de Kiev, en el caso —difícil a día de hoy— de que Moscú retirase su apoyo militar a las fuerzas separatistas.

El clima de confrontación entre Rusia y los países occidentales, iniciado con los acontecimientos de Ucrania, se ha visto agravado desde entonces

Con la revolución del Euromaidán y la anexión de Crimea convertidas ya en hechos consumados, las tensiones entre Rusia y Occidente en el plano militar se han mantenido en lo que parece una “guerra por delegación” o *proxy war* en el Donbass, mediante el suministro de ayuda económica y armamento —a los que se ha sumado el envío encubierto de tropas por parte rusa— a cada uno de los bandos en conflicto. Sin embargo, de la misma forma que en la Guerra Fría o, actualmente, en Siria, ni los países de la OTAN ni Rusia desean arriesgarse a un choque directo entre sus fuerzas, que podría descontrolarse fácilmente y dar lugar a una escalada altamente peligrosa entre potencias nucleares.

Este *impasse* explica que el enfrentamiento entre ambas se haya desplazado en cierta medida desde el plano geopolítico —la competición por ampliar sus respectivas áreas de influencia política, militar y comercial— hacia el del control de la información y la opinión pública, donde no existe el riesgo de “destrucción mutua asegurada” y el coste económico y humano es sensiblemente menor. Las operaciones de desinformación y propaganda ya tuvieron un papel crucial durante el Euromaidán, presentado de forma sesgada tanto por Rusia —como una nueva “revolución de colores” instigada desde Occidente, ignorando el descontento real de la mayoría de la sociedad ucraniana hacia sus gobernantes— como por la UE y la OTAN, que prefirieron enfatizar las iniciales reivindicaciones europeístas de los acampados y restar importancia a la posterior radicalización de las protestas, impulsada por grupos ultranacionalistas (Black, 2016).

Desde entonces, se han popularizado términos como “guerra de la información” o “guerra híbrida” —usados con frecuencia de forma errónea o imprecisa— para referirse a los intentos de actores estatales de condicionar el relato en los medios de comunicación y redes sociales, tanto de forma abierta como encubierta.

La retórica de la subversión extranjera: ecos del pasado

Este enfrentamiento discursivo no se trata, naturalmente, de un fenómeno nuevo. Durante siglos, el Imperio Ruso fue uno de los principales “Otros” frente a los cuales los demás Estados europeos construyeron su propia identidad, considerando a Rusia y Europa como conceptos antitéticos; una oposición binaria que aún sigue manifestándose en el lenguaje mediático. Por ejemplo, el grado de “europeidad” de un país tiende a definirse exclusivamente por su pertenencia o no a la UE; el acercamiento a ésta de algunas sociedades postcomunistas —alejándose, al mismo tiempo, de la influencia rusa— se describe igualmente como un proceso de “europeización”. Lo mismo sucede en Rusia: los debates del s. XIX entre occidentalistas y eslavófilos, en torno a la necesidad de asumir plenamente las ideas de modernidad venidas de Europa Occidental o, en cambio, aislarse de las corrientes intelectuales extranjeras para proteger las esencias de la “civilización rusa”, continúan muy presentes —aunque bajo distintas formas— en la actualidad (Neumann, 1999 y 2017).

El antecedente más directo de nuestra actual percepción de Rusia es, sin duda, la estrategia de “contención” de la URSS, adoptada por EE.UU. tras la II Guerra Mundial siguiendo las recomendaciones de expertos como el diplomático George Kennan (1947). Desde esta perspectiva, los líderes soviéticos actuaban movidos ante todo por un fanatismo totalitario, que les impulsaba a aprovechar cualquier oportunidad para debilitar al enemigo; un enfrentamiento a largo plazo entre el bloque comunista y el llamado “mundo libre” capitalista, que sólo podría acabar con el triunfo de uno de los dos. No obstante, Kennan (1987) consideraba también que el potencial armamentístico estadounidense —así como la destrucción que había sufrido la propia URSS durante la guerra— disuadiría a Moscú de posibles tentaciones ofensivas; su principal táctica en la competición con Occidente sería la propaganda comunista, que debería contrarrestarse con medios políticos, económicos y psicológicos como el “Plan Marshall”. La Administración Truman, en cambio, fue mucho más allá al interpretar que el Kremlin no sólo se proponía extender su doctrina, sino también repetir el mismo proceso aplicado en Europa del Este para controlar nuevos territorios. La única forma de contener las ambiciones soviéticas sería establecer una barrera de bases militares y alianzas como la OTAN, que rodearan el bloque

comunista desde Europa Central hasta el nordeste de Asia. Como diría después Eisenhower (1954) sobre Indochina, si cualquier país caía en manos del enemigo daría lugar a un “efecto dominó” entre sus vecinos, llevando a Moscú un paso más cerca de la dominación mundial.

El discurso de la bipolaridad ha sobrevivido en los numerosos análisis que describen las actuales rivalidades con Rusia como una “nueva Guerra Fría”, y reclaman un retorno a la política de contención para frenar el expansionismo de Putin, representado tanto por sus intervenciones militares —Georgia, Ucrania o Siria— como por su supuesta manipulación de la opinión pública extranjera. Desde esta perspectiva, la penetración de las ideas del Kremlin a través de los medios de comunicación o internet sería una forma de “subversión interna” contra las democracias occidentales, como paso previo a la implantación de regímenes prorrusos a imagen de los antiguos satélites de la URSS. Es decir: además de ser un instrumento de la política exterior de Moscú —igual que para las demás potencias mundiales—, la propaganda sería una verdadera arma de guerra rusa, en el marco de una estrategia ofensiva cuyo fin último sería la derrota de Occidente.

La bipolaridad ha sido sustituida por una distribución de poder más difusa y fragmentada

Pero estos intentos de establecer paralelismos con la Guerra Fría no se corresponden con la realidad de la sociedad internacional de la globalización. La bipolaridad ha sido sustituida por una distribución del poder más difusa y fragmentada: ya no existen bloques monolíticos aislados unos de otros, sino que las sociedades están interconectadas y son cada vez más interdependientes entre sí. Por otra parte, a pesar de la recuperación económica y del aumento del gasto militar que se han producido bajo el mandato de Putin, los recursos de “poder duro” con los que cuentan Rusia y sus aliados siguen siendo muy inferiores a los del conjunto de la OTAN; difícilmente puede hablarse hoy de una competición entre dos rivales equivalentes, salvo en el ámbito del arsenal nuclear estratégico. Incluso en el caso de un futuro retorno a la bipolaridad, el bloque alternativo al occidental probablemente no estaría liderado por Moscú, sino por Pekín (Walt, 2018).

En el ámbito del “poder blando”, Rusia ya no representa un modelo de alcance mundial —como lo fue el marxismo-leninismo— que pudiera ser adoptado por otras sociedades, situando de nuevo al Kremlin en una posición de liderazgo como “vanguardia de la revolución”. Es cierto que algunos partidos antiliberales europeos, como Fidesz en Hungría o el Frente Nacional francés —pero no otros como el PiS polaco, radicalmente antirruso—, han mostrado una abierta simpatía hacia la figura de Putin; algo que el Kremlin ha tratado de utilizar para salir de su aislamiento tras la anexión de Crimea, al ver-

se marginado por el *mainstream* de la clase política occidental (Laruelle, 2018; Trenin, 2016). Sin embargo, se trata de vínculos generalmente informales, sin una relación de dependencia o subordinación como la que tenían los partidos comunistas de los “países satélites” con el PCUS. Incluso en el caso de EE.UU., la confluencia de intereses entre Rusia y los partidarios de Trump —ambos radicalmente opuestos a la candidatura de Clinton— no significaba que el Kremlin pudiera dirigir u orientar las preferencias de la derecha estadounidense; ni tampoco que ésta tuviera entre sus prioridades el establecimiento de una alianza con Moscú, como puede apreciarse en los desacuerdos bilaterales que han surgido posteriormente en torno a Siria o Irán.

Rusia como actor internacional: continuidades y rupturas

¿Cuáles son, entonces, las aspiraciones reales de Rusia? Las “fuentes de la conducta rusa”, parafraseando a Kennan (1947), son una suma de factores muy diversos cuya influencia ha ido variando en cada momento, y en los que se mezclan elementos de continuidad con episodios de ruptura. No hay que olvidar que las políticas exteriores no siempre obedecen a doctrinas o estrategias prediseñadas, sino que los decisores pueden actuar de forma meramente reactiva, introduciendo pequeños ajustes en las medidas ya vigentes para adaptarse a los cambios en el entorno internacional. Otras veces, las decisiones son un mero resultado de los intereses partidistas de la élite gobernante, de las presiones de los grupos de interés o la opinión pública, o incluso de la competición burocrática entre los propios departamentos gubernamentales.

Es ya un lugar común afirmar que Putin carece de una estrategia y se limita a planear movimientos tácticos; su único objetivo a largo plazo en política exterior sería, supuestamente, “desestabilizar” o “debilitar” a Occidente. Sin embargo, pese a que muestre cierto grado de improvisación en su comportamiento como líder, se trata también de un decisor racional y bien informado sobre los temas internacionales, que lleva defendiendo prioridades muy similares —aunque con resultados desiguales— a lo largo de sus sucesivos mandatos. Gran parte de los errores de interpretación sobre Putin residen, precisamente, en situar en su persona el origen de todos los desencuentros con Occidente (Gunitski, 2018); cuando se trata en muchos casos de ideas y cuestiones heredadas de la etapa de Yeltsin, en la primera década de la Federación Rusa independiente.

Un ejemplo de la combinación explosiva entre problemas no resueltos y decisiones improvisadas fue la ocupación de Crimea en 2014, que no respondió a ningún proyecto expansionista planificado con

La disolución del Estado soviético fue realmente traumática para la mayoría de la población, independientemente de su afinidad o no con el régimen

anterioridad; si así fuera, Rusia habría tenido innumerables oportunidades de llevarlo a cabo en los años transcurridos desde el hundimiento de la URSS. Se trató, en cambio, de una reacción precipitada al repentino derrocamiento de Yanukovich por el Euromaidán; lo cual —en la perspectiva rusa— supondría el ingreso automático de Ucrania en la OTAN, y la consiguiente expulsión de la Armada rusa de su base de Sebastopol, que podría ser utilizada por las flotas occidentales para amenazar la seguridad de Rusia en el mar Negro (Treisman, 2016). Este escenario se derivaba, a su vez, de la apuesta de la Administración Clinton en los años noventa por expandir la OTAN hacia Europa Oriental, haciendo caso omiso de las repetidas objeciones del Kremlin (Black, 2000) y rompiendo las promesas informales que se habían realizado a Gorbachov, a quien Washington aseguró en 1990 que no se produciría ninguna ampliación (Shiffrinson, 2016).

Para conocer las motivaciones de Putin a lo largo de estos dieciocho años, puede ser útil recuperar las ideas expresadas por él mismo en un artículo publicado el 30 de diciembre de 1999 —un día antes de convertirse en presidente en funciones, tras la dimisión de Yeltsin; en el que ya se anunciaban las que iban a ser las líneas fundamentales de su gestión (Putin, 2005). Ante todo, lejos de anhelar un retorno de la URSS, su evaluación del periodo soviético era principalmente negativa: la economía planificada había sido incapaz de competir en un mercado global, y sus debilidades de origen eran las causantes de la crisis posterior a la implantación del capitalismo. El experimento comunista no había conseguido traer verdadera prosperidad, sino un atraso frente a las potencias más desarrolladas. De esta traumática historia, Putin extraía dos lecciones: la nueva etapa debía garantizar ante todo la estabilidad, en lugar de acometer transformaciones radicales; y cualquier reforma debía partir de la realidad del país, sin tratar de implantar modelos foráneos. Esta última mención se refería tanto al marxismo —ideología introducida en Rusia desde Europa Occidental— como al neoliberalismo económico, en el que se basó la “terapia de choque” de los primeros años de Yeltsin.

El énfasis de Putin en la estabilidad y su recelo de las influencias exteriores —rasgos de carácter netamente conservador— se complementaba ya entonces con una defensa de los “valores tradicionales” supuestamente inherentes a la cultura rusa: el patriotismo, orgullo y dignidad nacionales; el papel de gran potencia (*derzhavnost*) que correspondía a Rusia en el mundo; un Estado fuerte, principal garante del orden e impulsor de los cambios, en contraposición al liberalismo de los países anglosajones; y por último, la “solidaridad social”, un sentido comunitario o de unidad de la nación por encima de las divisiones partidistas. Estas ideas no son excepcionales en el contexto ruso, sino que entroncan plenamente con la cultura política y las

tradiciones autóctonas de pensamiento de los siglos anteriores. Sin embargo, pueden resultar difíciles de comprender desde la perspectiva de otras sociedades europeas; algo que expresó muy bien la canciller alemana Merkel en 2014, al comentar con cierta exasperación a Obama: “Putin vive en otro mundo” (Hill, 2015). Estas barreras culturales, unidas a las diferencias de valores en otros aspectos —como las violaciones de derechos humanos o el fraude electoral—, han contribuido indudablemente al deterioro de las relaciones.

El legado soviético en la presidencia de Putin

Pese a su opinión generalmente negativa de la etapa soviética, Putin también ha empleado otros argumentos que parecerían contradecir esa afirmación inicial. Durante su mensaje anual al parlamento en 2005, declaró que el hundimiento de la URSS había sido “la mayor catástrofe geopolítica del siglo”; algo que los medios internacionales interpretaron como una muestra de nostalgia del comunismo. No obstante, para la mayoría de los especialistas —y para la generación de rusos que lo vivió en primera persona— esa mención carecía de intencionalidad ideológica. En términos objetivos, la disolución del Estado soviético fue realmente traumática para la mayoría de la población, independientemente de su afinidad o no con el régimen, debido a sus graves consecuencias humanas y emocionales: empobrecimiento masivo, colapso de los servicios públicos, estallidos de violencia en algunos territorios e incertidumbre generalizada sobre el futuro. Además, la transformación de las divisiones administrativas de la URSS en fronteras internacionales convirtió en extranjeros, de la noche a la mañana, a los 25 millones de rusos étnicos que vivían en las demás repúblicas (Kuchins, 2005).

Un ejemplo más evidente de adhesión al régimen soviético sería el trabajo de Putin como oficial del KGB, que el presidente ruso ha seguido defendiendo con orgullo y como muestra de su “patriotismo”. Sin embargo, su carrera en el servicio de espionaje parece haber estado guiada por consideraciones bastante más pragmáticas. Por ejemplo, cuando tuvo que abandonar su destino en la RDA en enero de 1990 —tras la caída del Muro de Berlín—, prefirió rechazar el puesto que le habían asignado en el cuartel general de Moscú y solicitar el pase a la “reserva activa”, con la idea de volver a su ciudad natal, Leningrado, a realizar el doctorado. Este retorno a la vida civil le permitió recuperar sus contactos en la universidad, que le ayudarían finalmente a encontrar un trabajo como asistente del alcalde Anatoli Sobchak, en lo que sería su primer contacto con la política. Como el mismo Putin reconoce, “comprendí que el sistema no tenía futuro. El país no tenía futuro. Y era muy duro quedarme sentado dentro del sistema a esperar que se hundiera” (Gevorkian *et al.*,

2000). Es decir: sus perspectivas de éxito profesional y el bienestar económico de su familia acabaron por pesar más en su decisión que la lealtad hacia un Estado moribundo como el soviético.

La influencia de esa etapa está presente más claramente en otros aspectos. Putin fue testigo directo tanto del derrumbe de la RDA —viendo cómo una multitud asaltaba el Ministerio de Seguridad, donde trabajaba él mismo junto con otros agentes soviéticos— como, posteriormente, del de la URSS; y describe en ambos casos una actitud pasiva o incompetente por parte de las autoridades de Moscú. Esto explica la preocupación obsesiva por la “supervivencia del Estado” que se ha manifestado durante toda su presidencia: Putin parece considerar realmente que cualquier desafío a su autoridad —ya sea el terrorismo yihadista, los movimientos opositores o incluso las ONGs de derechos humanos— podría acabar con la propia Federación Rusa. Su suspicacia como antiguo oficial de inteligencia refuerza esa sensación paranoica, haciéndole temer constantemente una infiltración de agentes extranjeros para derrocarlo mediante la subversión interna, al estilo de las “revoluciones de colores” apoyadas por EE.UU. en otros países exsoviéticos.

La restauración del orgullo nacional de Rusia ha sido uno de los principales instrumentos para la consolidación de su poder

Por último, el ámbito en el que Putin ha asumido el legado del pasado de forma más explícita es la conmemoración de la victoria frente a la invasión nazi, sin duda el gran mito fundacional en el que se basa el discurso patriótico impulsado por el Kremlin. La restauración del orgullo nacional de Rusia ha sido uno de los principales instrumentos para la consolidación de su poder, en contraste con el relativo abandono con el que Yeltsin había tratado a estos símbolos (Kurilla, 2009). Así, por ejemplo, Putin recuperó como himno nacional el vigente durante la URSS, con ligeras modificaciones en la letra para eliminar las referencias al comunismo. También ha realizado periódicamente visitas a Volgogrado, la antigua Stalingrado, que había sido lugar de reunión para la oposición comunista y ultranacionalista durante los años noventa. Otro ejemplo es la “cinta de San Jorge” a rayas amarillas-anaranjadas y negras —tomada de una condecoración soviética basada, a su vez, en otra zarista—, que empezó a utilizarse como símbolo ciudadano del recuerdo de la victoria de 1945. No obstante, la cinta ha sido adoptada posteriormente como distintivo de las milicias prorrusas del este de Ucrania, quienes han tratado de apropiarse de su significado para presentarse como “luchadores antifascistas” contra los nacionalistas ucranianos.

La narrativa sobre los acontecimientos del siglo XX en el ámbito de la enseñanza o de la cultura se ha visto *securitizada* por el Estado, que considera como una amenaza al orgullo nacional cualquier crítica o debate público que rompan con esta imagen mitificada. Sin embargo, tampoco ha existido una glorificación exclusiva de la

URSS, sino que se han combinado indistintamente elementos del periodo soviético y del imperio zarista para reforzar esa identidad de “gran potencia” de Rusia. De hecho, otras conmemoraciones aparentemente igual de relevantes que la victoria en la II Guerra Mundial — por ejemplo, el centenario de la Revolución Bolchevique de 1917— han sido prácticamente ignoradas por las autoridades. En consecuencia, tampoco puede hablarse realmente de un proyecto de restauración “neosoviética” en la etapa de Putin; sino más bien de una apropiación pragmática de distintos elementos simbólicos para reforzar el liderazgo del Kremlin, y mantener unida a la población en torno a un mismo discurso nacionalista.

Conclusiones: el discurso de Guerra Fría y los límites de la confrontación

La rivalidad geopolítica entre Rusia y Occidente por la influencia en Europa Oriental está en el origen de las actuales campañas de propaganda y contrapropaganda, en las que el control de la información se ha utilizado para conseguir la ventaja frente al adversario que no es posible lograr mediante un enfrentamiento directo. Sin embargo, debe alertarse contra las comparaciones con la Guerra Fría o la militarización cada vez más acusada del discurso en los medios, que emplean metáforas bélicas como “ofensiva”, “ataque” o “guerra de la información” para referirse a esa difusión de visiones sesgadas o noticias falsas con una intencionalidad política. El riesgo es que este clima de enfrentamiento se acabe normalizando de cara a la opinión pública, haciendo disminuir los incentivos para la negociación sobre los conflictos armados realmente existentes; y siendo manipulado de forma interesada por los gobiernos con fines electoralistas, o como justificación de aumentos drásticos del gasto militar para hacer frente al “enemigo exterior”.

Pese a que se nos transmita una imagen de que todos los mensajes propagandísticos que circulan en internet son obra de actores estatales —en especial, de Rusia—, lo cierto es que la identificación de la autoría sigue sin ser posible en la mayoría de los casos. La simple opinión favorable al Kremlin no demuestra que se trate de un *troll* o *bot* dirigido por el gobierno ruso, sino que la mayoría de ellos son personas reales que comparten esas posiciones ideológicas, y que deciden voluntariamente participar en el debate mediante las redes sociales. Por otra parte, los análisis que se han realizado sobre medios de comunicación como *RT* o *Sputnik* demuestran que, lejos de ser una “maquinaria de propaganda” perfectamente engrasada, se parecen más a un conglomerado de distintos argumentarios —de muy baja calidad periodística— con una línea editorial favorable a Moscú, pero con temáticas y estilos que pueden incluso llegar a con-

tradecirse entre sí. Tampoco cuentan con una audiencia lo suficientemente amplia dentro de cada una de las sociedades extranjeras como para modificar las preferencias electorales de éstas; ni serían capaces por sí mismas de generar o dirigir fenómenos tan complejos como el Brexit o el independentismo catalán (Hutchings, 2018; Badia y Ter, 2017).

Pero el mayor riesgo de la paranoia reinante en EE.UU. y la UE en torno a la “injerencia rusa” es, paradójicamente, que se aproxima de forma peligrosa a los patrones de comportamiento del Kremlin hacia los medios y ONGs extranjeros, considerados por Moscú como una “quinta columna” que intenta interferir en sus asuntos internos para establecer un gobierno afín a los intereses de Washington. Sería recomendable una mayor prudencia y autocrítica por parte de los Estados occidentales, garantizando en todo caso la libertad de prensa propia de un sistema democrático, incluso para aquellos medios que difunden propaganda de sus respectivos gobiernos. En lugar de con censura, la información falsa debe contrarrestarse con datos; así como mediante la educación de la ciudadanía, para aprender a verificar las fuentes de una noticia y distinguir lo real de lo sesgado. De otra forma, corremos el riesgo de sacrificar las mismas libertades que pretendemos mantener a salvo de una supuesta amenaza exterior.

Referencias bibliográficas

Badia, Q. y Ter, M. (2017). “Rússia és culpable? Certeses i mitges veritats quant a la ‘ingerència’ russa en el conflicte català”, *El Temps*, 27 de noviembre, <https://www.elperiodic.com/2017/11/27/mite-russia-bots-el-pais>.

Black, J. L. (2000). *Russia Faces NATO Expansion: Bearing Gifts or Bearing Arms?*, Lanham, Rowman & Littlefield.

Black, J. L. (2016). “Setting the Tone: Misinformation and Disinformation from Kyiv, Moscow, Washington and Brussels in 2014”, en Black, J. L. y Johns, Michael (eds.), *The Return of the Cold War: Ukraine, the West and Russia*, Abingdon, Routledge.

Eisenhower, D. D. (1954). “The President’s News Conference, April 7, 1954”, The American Presidency Project, <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=10202>.

Gevorgian, N., Kolesnikov, A. y Timakova, N. (2000). *Ot pervogo litsa. Razgovory s Vladimirom Putinim* [En primera persona. Conversaciones con Vladimir Putin], Moscú, Vagrius.

Gunitski, S. (2018). “One Word to Improve U.S. Russia Policy”, *The New Republic*, 27 de abril.

Hill, F. (2015). “How Vladimir Putin’s World View Shapes Russian Foreign Policy”, en Cadier, D. y Light, M. (eds.), *Russia’s Foreign Policy: Ideas, Domestic Politics and External Relations*, Basingstoke, Palgrave Macmillan, pp. 42-61.

Hutchings, S. (2018). “We Must Rethink Russia’s Propaganda Machine in Order to Reset the Dynamic that Drives It”, *British Politics and Policy*, 4 de abril, <http://blogs.lse.ac.uk/politicsandpolicy/we-must-rethink-russian-propaganda>.

Kennan, G. F. [bajo el pseudónimo de "X"] (1947). "The Sources of Soviet Conduct", *Foreign Affairs*, vol. 25, nº 4, pp. 566-582.

Kennan, G. F. (1987). "Containment Then and Now", *Foreign Affairs*, vol. 65, nº 4, pp. 885-890.

Kuchins, A. (2005). "Europe's Last Geopolitician?", Washington, Carnegie Endowment for International Peace.

Kurilla, I. (2009). "The Symbolic Politics of the Putin Administration", en Casula, P. y Perovic, J. (eds.), *Identities and Politics during the Putin Presidency: The Foundations of Russia's Stability*, Stuttgart, Ibidem, pp. 269-283.

Laruelle, M. (2018). "Russian and American Far Right Connections: Confluence, Not Influence", PONARS Eurasia Policy Memo nº 516, Washington, George Washington University.

López Jiménez, J. A. y Morales Hernández, J. (2017). *La política exterior de Rusia: los conflictos congelados y la construcción de un orden internacional multipolar*, Madrid, Dykinson.

Morales, J. (2014). "Rusia y Europa entre la confrontación y la cooperación: el rearme ante el conflicto de Ucrania", en Mesa, Manuela (coord.), *Focos de tensión, cambio geopolítico y agenda global. Anuario CEIPAZ 2014-2015*, Madrid, CEIPAZ, pp. 99-112.

Neumann, I. B. (1999). *Uses of the Other: "The East" in European Identity Formation*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Neumann, I. B. (2017). *Russia and the Idea of Europe: A Study in Identity and International Relations*, 2ª ed., Abingdon, Routledge.

Putin, Vladimir (2005). "Russia at the Turn of the Millennium", en Melville, A. y Shakleina, T. (eds.), *Russian Foreign Policy in Transition: Concepts and Realities*, Budapest, Central European University Press, pp. 221-234.

Shiffrinson, J. R. I. (2016). "Deal or No Deal? The End of the Cold War and the U.S. Offer to Limit NATO Expansion", *International Security*, vol. 40, nº 4, pp. 7-44.

Treisman, D. (2016). "Why Putin Took Crimea: The Gambler in the Kremlin", *Foreign Affairs*, vol. 95, nº 3, pp. 47-54.

Trenin, D. (2016). *Should We Fear Russia?*, Cambridge, Polity Press.

Walt, S. M. (2018). "I Knew the Cold War. This is No Cold War", *Foreign Policy*, 12 de marzo.

